

Las ciudades de Bolaño

The Cities of Bolaño

As cidades de Bolaño

Edmundo Paz-Soldán

Cornell University Ithaca | Ithaca | NY | US

jep29@cornell.edu

<https://orcid.org/0009-0002-3310-3033>

Resumen: A partir de un recorrido por las diversas ciudades presentes en la literatura de Roberto Bolaño, cuyos textos construyen un tejido global, este ensayo se centra en la violenta Santa Teresa, la ficcionalización del autor de 2666 de la mexicana Ciudad Juárez. Organizada en torno a las maquiladoras, Santa Teresa está tomada por el derramamiento de sangre, especialmente el de las mujeres, pues sigue la lógica exigente del neoliberalismo, en el que se mezclan libremente el crimen organizado, la discriminación de género y el uso depredador del cuerpo. Tomando la representación de los brutales asesinatos de mujeres ocurridos allí, especialmente en la “Parte de los crímenes”, buscamos discutir cómo, en la novela de Bolaño, la violación de los cuerpos femeninos se relaciona con la ferocidad del sistema capitalista en esta ciudad-metáfora del mundo globalizado moderno.

Palabras clave: Roberto Bolaño, 2666, Femicidio, Capitalismo, Ciudades

Abstract: Starting from an excursion through the various cities present in Roberto Bolaño’s literature, whose texts build a global mesh, this essay focuses on the violent Santa Teresa, the author’s fictionalization of 2666 from the Mexican Ciudad Juárez. Organized around the maquiladoras, Santa Teresa is taken by bloodshed, especially that of women, as it follows the demanding logic of neoliberalism, in which organized crime, gender discrimination and the predatory use of bodies freely mix. Taking the representation of the brutal murders of women that occurred there, especially in the “Part of the crimes”, we seek to discuss how, in Bolaño’s novel, the violation of female bodies is related to the ferocity of the capitalist system in this city-metaphor of the modern globalized world.

Keywords: Roberto Bolaño, 2666, Femicide, Capitalism, Cities

Resumo: A partir de uma incursão pelas várias cidades presentes na literatura de Roberto Bolaño, cujos textos constroem uma malha global, o presente ensaio centra-se na violenta Santa Teresa, ficcionalização do autor de 2666 a partir da mexicana Ciudad Juárez. Organizada em torno das maquiladoras, Santa Teresa é tomada por um derramamento de sangue, especialmente das mulheres, por seguir a lógica exigente do neoli-

beralismo, no qual se misturam livremente o crime organizado, a discriminação de gênero e o uso predatório dos corpos. Tomando a representação dos assassinatos brutais de mulheres ocorridos ali, em especial na “Parte dos crimes”, busca-se discutir como, na novela de Bolaño, a violação dos corpos femininos está relacionada às ferocidades do sistema capitalista nesta cidade-metáfora do mundo moderno globalizado.

Palavras-Chave: Roberto Bolaño, 2666, Femicídio, Capitalismo, Cidades.

Hace más de diez años viajé a Ciudad Juárez como parte de una investigación para un proyecto literario. Llegué a El Paso y el amigo que debía acompañarme a cruzar la línea no se animó debido a la ola de violencia que sacudía a la ciudad. Willivaldo, un periodista de Ciudad Juárez, se ofreció a servirme de guía y me esperó en el paso fronterizo. Fueron veinticuatro horas tensas, en las que vi por las calles el paso continuo de patrullas del ejército con soldados encapuchados. Muchos lugares estaban cerrados, el turismo norteamericano había desaparecido, pero había agitación en la ciudad; asistí a una protesta a cargo de una asociación de padres de familia contra la violencia, una organización creada en los años treinta. “La gente cree que la violencia en Ciudad Juárez es nomás de ahora”, me dijo Willivaldo. “En realidad es de mucho tiempo atrás, solo que ahora se puso de moda por tanta mujer muerta”.

Una razón por la que viajé a Ciudad Juárez es la obra de Roberto Bolaño. Quería conocer la ciudad que había inspirado 2666: Santa Teresa es su claro trasunto. Traté de verla con los ojos de Bolaño; me apoyé en lo que había aprendido leyendo a Bolaño para intentar percibir lo que me rodeaba. Por supuesto, hubo desconexiones: las calles y los barrios de la ciudad no siempre eran iguales a los que mi imaginación de Santa Teresa había armado a partir de la lectura de la novela. No importa, pensé: Ciudad Juárez puede cambiar todos los días, pero Santa Teresa se mantendrá viva en mí como la conocí en 2666.

Bolaño tuvo una relación importantísima con varias ciudades, algunas transmutadas en literatura. Si vivió en Chile en Los Ángeles, Viña del Mar y Quilpué, y estuvo detenido en Concepción, también Santiago fue central, convertida en escenario de una de sus grandes novelas, *Nocturno de Chile*. El Santiago de *Nocturno de Chile* se condensa en la casa de la poeta María Canales –esposa del agente de la DINA Michael Townley–; allí continúan las fiestas y las recepciones de los escritores en plena dictadura: “Los artistas se reían, bebían, bailaban, mientras afuera, en esa zona de grandes avenidas despobladas de Santiago, transcurría el toque de queda”. (Bolaño, 2000, p. 135). A la vez, en el sótano de la casa, los opositores a Pinochet son torturados, algo que un amigo del narrador descubre por casualidad, cuando una noche baja borracho buscando el baño y encuentra en un catre a “un hombre desnudo, atado de las muñecas y los tobillos” (Bolaño, 2000, p. 139). Santiago es la paz del toque de queda en las calles y el jolgorio de la fiesta en las casas mientras en la oscuridad ocurren las torturas y los asesinatos.

En el México de Bolaño están la Santa Teresa de la imaginación en 2666, y también la Ciudad de México, donde vivió muchos años y donde se descubrió como escritor, capturando en *Los detectives salvajes* su vitalidad y complejidad de una manera tan asombrosa que críticos mexicanos como Christopher Domínguez Michael piensan que es una novela tan fundamental sobre la Ciudad de México como *La región más transparente*. *Los detectives salvajes* no es solo la Ciudad de México; las otras ciudades por las que deambulan los poetas Ulises Lima y Arturo Belano abarcan las ilusiones y desilusiones de toda una generación latinoamericana –la que

soñó proyectos de cambio social en los setenta y se dio de bruces con la salvaje represión dictatorial. En la segunda parte de la novela, enmarcada por el encuentro con “confusas formas de fascismo”¹ y una enorme “variedad de experiencia[s] sexual[es]”² (Hoyos, 2016, p. 14-5), se encuentran Luanda, Tel Aviv, Managua: más de veinte ciudades que arman el mapa de una literatura a escala global, el intento ambicioso “de navegar la nueva conciencia del mundo como un todo” (Hoyos, 2016, p. 20).³

Después vino su retiro catalán, en el que, ya transformado en mentor no oficial de las nuevas generaciones de escritores latinoamericanos, Bolaño convirtió a Blanes en un lugar de peregrinación del mundillo literario (estuve en esa ciudad el 2008 y me impresionó que los vecinos me indicaran orgullosos el lugar donde Bolaño compraba el pan o el periódico, y el departamento cerca de su casa donde se retiraba a escribir). Hay novelas suyas con títulos de ciudades: aparte de *Nocturno de Chile* está la *Amberes* vanguardista, en la que Amberes es un lugar de la imaginación, donde el escritor la pasa mal, “sin grandes posibilidades de escribir poesía épica” (Bolaño, 2002, p. 50). Otras ciudades europeas narradas son la Berlín de *Estrella distante* –donde hay un ataque de neonazis en una estación de trenes–, la París lluviosa de César Vallejo en *Monsieur Pain*, la Roma de *Una novelita lumpen*. Su última conferencia también lleva nombre de ciudad: “Sevilla me mata”, leída en un encuentro de escritores el verano del 2003 en Sevilla. Bolaño estuvo a punto de no asistir a ese encuentro, estaba muy enfermo, pero al final apareció; era el invitado especial, junto a Cabrera Infante. Falleció tres semanas después. Lo recuerdo una noche contando chistes al lado de la piscina del hotel, en la terraza. En realidad, era el mismo chiste, pero contado a través de diversos registros narrativos: narrador omnisciente, narrador en primera persona, narrador en segunda persona, puro diálogo, etc. Nos reíamos mientras asistíamos a un taller improvisado de escritura. Un sábado volvíamos del lugar de la conferencia al taller y él se detuvo en un kiosco y compró el periódico francés *Liberation*, cuyo suplemento literario le había dedicado la portada y una reseña elogiosísima. Su fama mundial explotaba y eso hubiera sido interesante de ver, cómo lidiaba con ella, después de haber criticado tanto a la industria cultural.

Si todo el mapeo que menciono abarca el proyecto de literatura global de Bolaño, la ciudad que representa mejor ese proyecto es la Santa Teresa de 2666. En una entrevista con Mónica Maristaín, Bolaño llama a Ciudad Juárez “mi idea del infierno... nuestra maldición y nuestro espejo, el espejo desasosegado de nuestras frustraciones y de nuestra infame interpretación de la libertad y de nuestros deseos” (Maristaín, 2003, p.7). De esa “idea del infierno” nace la Santa Teresa de Bolaño, con maquiladoras, basureros y descampados que le sirven para dar cuenta de los excesos y desigualdades del modelo capitalista neoliberal y para la crítica al nuevo orden global. Bolaño sitúa en ese paisaje los feminicidios que asolaban a Ciudad Juárez y su narración clínica de tanta muerte, al igual que el desdén con que los policías tratan el tema, nos muestra las violentas estructuras patriarcales sobre las que se apoya la sociedad contemporánea. Capitalismo y violencia no son opuestos, sino que son parte de la misma lógica, y el genio de Bolaño fue mostrarnos esa conexión de la manera más explícita posible.

Sabemos que Bolaño no estuvo nunca en Ciudad Juárez y que su punto de partida fue *Huesos en el desierto*, la crónica del periodista mexicano Sergio González Rodríguez sobre los feminicidios que asolaban la ciudad. También sabemos que gracias a 2666 el tema de

¹ Traducido de: “puzzling forms of fascism”. Ésta y todas las traducciones presentadas más adelante son propias.

² Traducido de: “variety of sexual experience”.

³ Traducido de: “navigate a new conscience of the world as a whole”.

los feminicidios se convirtió en fundamental para la discusión sobre las violentas estructuras patriarcales sobre las que se apoya la sociedad contemporánea. Como ciudad fronteriza, Ciudad Juárez era el centro, esperanzador para muchos, de la prosperidad económica globalizadora que traería el acuerdo de libre comercio firmado en 1994 entre Estados Unidos, México y Canadá. Era, a la vez, el centro del narcotráfico que ha producido tanta violencia en la región, un ejemplo consumado de lo que podemos llamar, siguiendo a la filósofa mexicana Sayak Valencia (2010), “capitalismo gore”.

Santa Teresa está descrita desde el principio en un registro apocalíptico. El título de la novela tiene obvias connotaciones simbólicas: ha llegado el día de la bestia, se vive un infierno localizado en la tierra. Es una novela que juega con el género policial, hay muchos crímenes, detectives y sospechosos; sin embargo, ningún indicio conduce a nada, los policías están perdidos y los sospechosos son inventados. En la misma escritura hay lo que un crítico ha llamado una estética forense, con descripciones clínicas de los cuerpos de las mujeres asesinadas encontrados en calles, descampados y basureros, y una especie de necrosis narrativa: se posterga la solución de los hechos, se evita la síntesis, todo se acumula como en un gran basurero (el basurero es un espacio central de la novela).

Santa Teresa remite al paisaje de una modernidad industrializada en medio de la desolación del desierto mexicano y la frontera, marcada por el subdesarrollo y la pobreza:

Estaba tirada en un terreno que a veces los alumnos utilizaban para jugar un partido de fútbol y béisbol, un descampado desde donde se podía ver Arizona y los caparazones de las maquiladoras del lado mexicano y las carreteras de terracería que conectaban éstas con la red de carreteras pavimentadas (Bolaño, 2004, p. 467).

Santa Teresa ha apostado a la industrialización capitalista, un contrapunto al paisaje desierto que la rodea. La ciudad es a la vez una metrópolis y una necrópolis, donde la repetición compulsiva de la violencia de género se ha normalizado. De hecho, esa repetición de los asesinatos en la ciudad funciona en paralelo con la producción en serie de las maquiladoras: Bolaño usa la repetición sistemática para dar cuenta del horror (pienso en el concepto de “lo sublime negativo” de Dominick LaCapra, cuando la experiencia traumática va más allá de lo ordinario y se eleva en su mismo exceso, transformando la herida en algo sublime, conectado a la melancolía; es un intento de capturar el horror inexpresable a través de una estética apocalíptica que contradice la estética de la belleza en un Adorno).

El edificio central de la ciudad es la maquiladora, la fábrica que atrae a los migrantes del interior de México y de Centroamérica, mujeres en su gran mayoría (hubo una gran migración intranacional a las EPZ [export-processing zones] en los noventa, producto de los acuerdos de libre comercio, un desplazamiento del trabajo a zonas urbanas (Lopez, p. 5-6). La mitad de la población de Juárez [750.000] trabaja en maquilas, y 55% de los trabajadores de las maquilas son mujeres. El promedio de edad es 22 años. Son 70 horas de trabajo a la semana, los trabajadores suelen quedarse allí entre 2 y 3 años) (Lopez, p. 5-6). La mayoría llega con la esperanza de continuar viaje hacia los Estados Unidos, pero muchas se van quedando. Son mujeres que adquieren cierto poder en este espacio: trabajan, ganan dinero, son independientes. Santa Teresa es, de hecho, una ciudad con escaso desempleo, donde el Estado permite el flujo libre del capital. Ese flujo es parte del problema: Santa Teresa es un espacio liminal, un territorio fuera del orden jurídico normal, donde los ciudadanos pueden ser ani-

quilados sin excepción. En la frontera, el ciudadano se convierte en un ser desnudo, alguien que no está al amparo de las leyes.

Las “casuchas” donde viven las trabajadoras se extienden al lado de los parques industriales y de basureros donde muchas veces se encontrarán tirados los cuerpos de las mujeres muertas junto a los “desperdicios de cada maquiladora” (Bolaño, 2004, p. 449). Las colonias son lugares deprimentes, con árboles “tan cubiertos de polvo que parecen amarillos” (Bolaño, 2004, p. 449); la mayoría de las casas “carecen de luz eléctrica” y “las salidas del parque industrial también son deficitarias tanto en el alumbrado como en la pavimentación, así como también en su sistema de alcantarillas: casi todos los desperdicios del parque van a caer a la colonia Las Rositas, donde forman un lago de fango que el sol blanquea” (Bolaño, 2004, p. 469).

Bolaño hace una conexión directa entre las maquiladoras y un lugar de sacrificios:

la maquiladora EMSA, una de las más antiguas de Santa Teresa, ... no estaba en ningún parque industrial sino en medio de la colonia La Preciada, como una pirámide color melón, con su altar de los sacrificios oculto detrás de las chimeneas y dos enormes puertas de hangar por donde entraban los obreros y los camiones (Bolaño, 2004, p. 564).

Hay razones materiales para imaginar a la maquiladora como un lugar de sacrificios: no hay sindicatos ni se mejoran las condiciones de vida de las trabajadoras, que deben comer “junto a las máquinas o formando corrillos en cualquier rincón” (Bolaño, 2004, p. 449); solo una maquiladora tiene cantina para los trabajadores, y ni siquiera hay buena iluminación ni sistema de alcantarilla en las colonias donde viven. Las mujeres migrantes y racializadas, provenientes de las clases populares, son mano de obra barata del capitalismo, fácilmente reemplazables. Llegan y se van, y las fábricas no mantienen un registro actualizado de sus trabajadoras, como descubrirán los agentes asignados a resolver los casos.

Otro espacio privilegiado de la novela es el basurero. Junto a los descampados, los basureros son los lugares donde más mujeres muertas aparecen. Como una cantinela, se repite la frase: “al mes siguiente, en mayo, se encontró a una mujer muerta en un basurero situado entre la colonia Las Flores y el parque industrial General Sepúlveda” (Bolaño, 2004, p. 449);

en junio murió Emilia María Mena. Su cuerpo se encontró en el basurero clandestino cercano a la calle Yucatecos... En el basurero donde fue encontrada se declaraban constantes incendios, por lo que no se podía descartar que las calcinaciones de su cuerpo fueran debidas a un fuego de estas características y no la voluntad del homicida (Bolaño, 2004, p. 466).

Bolaño dota de simbolismo al basurero. Como si se tratara de una broma perversa sobre su país de origen, un basurero destacado es conocido como El Chile. En El Chile habitan los hombres-muertos, los zombis de la novela, los que

tienen nada o menos que nada... hablan una jerga difícil de entender... Los habitantes nocturnos de El Chile son escasos. Su esperanza de vida, breve. Mueren a lo sumo a los siete meses de transitar por el basurero... Todos, sin excepción están enfermos. Sacarle la ropa a un cadáver en El Chile equivale a despellejarlo. La población permanece estable: nunca son menos de tres, nunca son más de veinte (Bolaño, 2004, p. 467).

Bolaño habla del basurero como el lugar donde se juntan los cuerpos muertos de las mujeres y los desperdicios de las maquiladoras. Las mujeres muertas son reimaginadas como desperdicios literales de las fábricas del capital. Si el basurero es el lugar donde aparecen mujeres muertas y donde viven los hombres-muertos, por extensión metonímica hay que pensar en Santa Teresa como el basurero del capitalismo. Pero ¿de qué capitalismo hablamos? Sayak Valencia utiliza el concepto de “capitalismo gore” para pensar “la reinterpretación de la vida en espacios fronterizos” (2010, p. 15). El derramamiento de sangre es el precio de países como México por seguir la lógica exigente del capitalismo, en el que se mezclan libremente el crimen organizado, la discriminación de género y el uso predatorio de los cuerpos: es decir, la violencia como herramienta para el empoderamiento. Estas prácticas *gore*, estas formas violentas de hacerse de capital, esa desvalorización del cuerpo de la mujer, son estrategias para acercarse al primer mundo. El cuerpo se destruye como un fin en sí mismo, la muerte se convierte en un ritual de paso para las bandas de jóvenes. En Santa Teresa se produce una legitimación de procesos de economías sumergidas (mercado negro, tráfico de cuerpos, armas etc). Así, el capitalismo *gore* es una dimensión descontrolada del proyecto neoliberal. Estas formas de vida violentas y crueles, esta presencia del narco y su poder letal, es una distopía de la globalización que surge en ciertas regiones como forma de obtener reconocimiento y legitimidad económica. Pero el primer mundo no llega, está detrás de la frontera, por lo que no queda más que resignarse a ser su basurero.

Una profunda conexión une ese “capitalismo gore” con las estructuras fundamentales del patriarcado. La antropóloga Rita Segato señala en *Contra-pedagogías de la crueldad* que la precarización de la vida en la sociedad contemporánea lleva a un aumento de violaciones y asesinatos: “el mandato de la masculinidad exige al hombre probarse hombre todo el tiempo... Las iniciaciones masculinas en las más diversas sociedades, muestran esa necesidad de titulación mediante desafíos y pruebas que incluyen la anti-socialidad, la crueldad de alguna forma y el riesgo” (2018, p. 42-3). Sin embargo, los crímenes de Ciudad Juárez, continúa Segato en otro artículo, no son crímenes de género, marcados por un motivo sexual (aunque ese motivo es una de las razones): son “crímenes corporativos, más específicamente crímenes del segundo estado, de un estado paralelo, más parecidos a los rituales que unen a sociedades secretas y regímenes totalitarios” (2010, p. 86).⁴ En un momento histórico en el que el estado neoliberal tiende a desaparecer se instala un “totalitarismo provincial”⁵ a través de los cárteles del narco, que usan nuevamente el cuerpo de la mujer como un “símbolo y apéndice de su dominio territorial” (2010, p. 84).⁶ Así, estos crímenes no son consecuencia directa de la impunidad; más bien, son crímenes que apuntan a “producir y reproducir impunidad” (2010, p. 79).⁷ De ahí que en los crímenes de Ciudad Juárez –y, por extensión, de Santa Teresa– estén presentes tanta violencia y sadismo.

En la novela asistimos más de cien veces a escenas de cuerpos abyectos y mutilados, y en pocas ocasiones se sabe algo de la interioridad de esas mujeres asesinadas: se les ha quitado subjetividad. La violencia contra la mujer es el estado natural de las cosas desde que aparece la primera muerta: “La muerta apareció en un pequeño descampado en la colonia Las Flores.

⁴ “they are corporative crimes, and, more specifically, crimes of the second state, of a parallel state... they are more like the rituals cementing the unity of secret societies and totalitarian regimes”.

⁵ “provincial totalitarianism”.

⁶ “icon and annex of territorial domain”.

⁷ “producers and reproducers of impunity”.

Vestía camiseta blanca de manga larga y falda de color amarillo hasta las rodillas, de una talla superior” (Bolaño, 2004, p. 443). Contra el discurso tradicional de la mujer como la que provoca su violación o muerte por su forma de vestir o su coquetería –y contra el discurso de los agentes asignados al caso–, esa primera mujer que aparece muerta no está vestida de manera provocativa. Cualquier hombre puede ser el asesino: secuestradores, novios, esposos, amantes. Tampoco le importa a Santa Teresa la muerte de estas mujeres, pues los cadáveres son dejados en basureros por meses y se desconoce cuándo ocurrió su muerte:

Esto ocurrió en 1993... La primera muerta se llamaba Esperanza Gómez Saldaña y tenía trece años. Pero es probable que no fuera la primera muerta. Tal vez por comodidad, por ser la primera asesinada en el año 1993, ella encabeza la lista. Aunque seguramente en 1992 murieron otras. Otras que quedaron fuera de la lista o que jamás nadie las encontró, enterradas en fosas comunes en el desierto o esparcidas sus cenizas en medio de la noche, cuando ni el que siembra sabe en dónde, en qué lugar se encuentra (Bolaño, 2004, p. 444).

Otro de los espacios clave de la novela es la cafetería Trejo’s, “un local oblongo y con pocas ventanas, parecido a un ataúd” (Bolaño, 2004, p. 689). Allí los policías encargados de resolver los crímenes se reúnen para tomar café, comer algo y contarse chistes: “Y abundaban aquellos que iban sobre mujeres.... Y el contador de chistes decía: a ver, valedores, definanme una mujer. Silencio. Y la respuesta: pues un conjunto de células medianamente organizadas que rodean a una vagina...” (Bolaño, 2004, p. 690). “¿Y qué hace un hombre tirando a una mujer por la ventana? Pues contaminar el medio ambiente” (Bolaño, 2004, p. 691). A alguien que cuente esos chistes misóginos le va a ser imposible resolver esos feminicidios detrás de los cuales se juntan poderosas fuerzas sociales, políticas y económicas. Las autoridades son indiferentes a los crímenes y, pese a que Bolaño muestra claramente que las mujeres mueren en la novela tengan las uñas pintadas o no, pueden llegar a pensar que unas uñas pintadas son indicio de culpa por parte de una mujer. Un judicial se pregunta quién inventa los chistes, de dónde salen, quién es el primero en pensarlos, quién es el primero en decirlos, y concluye: “cuánta verdad de Dios se halla escondida detrás de los chistes populares” (Bolaño, 2004, p. 691). Esa “verdad de Dios”, ese preguntarse por el pensamiento o la mención, sugiere que los chistes van más allá de los policías que los cuentan, revelan estructuras mentales profundas en la sociedad mexicana. Como dice el crítico Bede Scott, los feminicidios en Santa Teresa muestran la unión de la misoginia de la sociedad mexicana con la violencia de los carteles, las condiciones creadas por las maquilas y la indiferencia de las autoridades (Bolaño, 2004, p. 311). Los feminicidios son la expresión directa de la violencia estructural del sistema neoliberal.

Hay un sustrato de violencia contra las mujeres muy fuerte en el orden simbólico. Un montón de restricciones las limita, y una idea rampante de masculinidad se construye en respuesta al miedo de lo femenino (“todos los mexicanos tienen miedo a las mujeres” [Bolaño, 2004, p. 478]). Los crímenes convierten a Santa Teresa en una comunidad quebrada, significativamente importante –dado su lugar en la economía global– en la ruptura global que presentamos a diario (Franco). Parte de esa ruptura está relacionada con el horror ante la enormidad del crimen: “Nadie presta atención a estos asesinatos, pero en ellos se esconde el secreto del mundo” (Bolaño, 2004, p. 479), dice un personaje de la novela.

¿Y cuál es el secreto del mundo a revelarse en Santa Teresa? Quizás el contraste mismo entre la visibilidad de los cuerpos y la invisibilidad de los crímenes y de los criminales. Los judiciales y Kessler –el investigador norteamericano que llega a resolver los casos– están bus-

cando, a la manera de una novela policial tradicional, al asesino serial, al único responsable de las más de cien muertes. Pero no hay un único culpable, el crimen es más bien colectivo: “todos están metidos en los crímenes” (Bolaño, 2004, p. 605). No hay por ello ninguna funcionalidad de los cuerpos como núcleos narrativos: la novela se hincha, la investigación se expande, proliferan los sospechosos y las subtramas, los asesinatos son casi idénticos, pero pese a lo que digan los detectives las pistas no llevan a ninguna parte y todo termina con el mismo refrán: “caso cerrado”. El escándalo es la impunidad, la atrocidad es la normalización de la barbarie. Santa Teresa muestra la cultura del mal en la que vivimos.

En un momento de la novela el presidente municipal de Santa Teresa, José Refugio de las Heras, declara que Klaus Haas, un alemán encerrado en la cárcel como principal sospechoso de los crímenes, es el asesino: “El caso de los asesinatos en serio de mujeres ha concluido con éxito... Todo lo que a partir de ahora suceda entra en el rubro de los crímenes comunes y corrientes, propios de una ciudad en constante crecimiento y desarrollo. Se acabaron los psicópatas” (Bolaño, 2004, p. 673). El presidente municipal de Santa Teresa intenta diferenciar entre el crimen folklórico y el moderno; los crímenes son modernos, y por lo tanto son “comunes y corrientes”. Pero, a contrapelo de lo que dice el presidente municipal, el desarrollo de la ciudad no logra que se acaben los psicópatas sino más bien los multiplica. Muchas descripciones de los crímenes incluyen sadismo gratuito, torturas y vejaciones de todo tipo: “el cuerpo presentaba señales claras de tortura, con múltiples hematomas en brazos, tórax y piernas, así como heridas punzantes de arma blanca... El pezón del pecho izquierdo presentaba señales de mordeduras y estaba medio arrancado, sosteniéndose solo en algunos cartílagos” (Bolaño, 2004, p. 724); “Mónica Posadas... no solo había sido violada por los ‘tres conductos’ sino que también había sido estrangulada... La vagina estaba desgarrada. La vulva y las ingles presentaban señales claras de mordidas y desgarraduras, como si un perro callejero se las hubiera intentado comer” (Bolaño, 2004, p. 577). Eso, por cierto, no es ni “común” ni “corriente”: el proceso modernizador no convierte a los crímenes en ordinarios, lo que hace es subsumir y olvidar sus excesos como parte de una dinámica necropolítica al servicio del desarrollo económico.

Bolaño fue un visionario: hace casi un par de décadas vio en Santa Teresa el “secreto del mundo”, que no era otro que la violencia estructural y sistémica hacia las mujeres, a la que muy pocos le prestaban interés, y su conexión con la violencia y la desigualdad que genera el capitalismo. Hoy somos plenamente conscientes de ello y vemos que lo que ocurría en Ciudad Juárez/Santa Teresa se extiende por todo México, abarca el continente y el mundo. Una nueva generación de activistas ha tomado las calles de las ciudades mexicanas, latinoamericanas y del mundo –desde Chile hasta la India–, y los movimientos feministas se han revitalizado. No es mi intención sugerir que todo se lo debemos a Bolaño ni mucho menos; hubo activistas que desde hace décadas venían reflexionando sobre este problema y que lucharon por conseguir que el gobierno mexicano y la opinión pública se dieran cuenta de la magnitud de la tragedia. Pero la literatura funciona de formas indirectas, y en una de las grandes ciudades de Bolaño, esa “estrella de la muerte” llamada Santa Teresa, el escritor chileno dejó para nosotros, marcada a fuego, la representación del insidioso mal que nos consume.

Referencias

BOLAÑO, Roberto. *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004.

BOLAÑO, Roberto. *Amberes*. Barcelona: Anagrama, 2002.

BOLAÑO, Roberto. *Nocturno de Chile*. Barcelona: Anagrama, 2000.

HOYOS, Héctor. *Beyond Bolaño: the Global Latin American Novel Now*. New York: Columbia University Press, 2016.

MARISTAÍN, Mónica. *La última entrevista de Bolaño: Estrella distante*. Buenos Aires: Página 12, 2003.

SCOTT, Bede. "Roberto Bolaño's *2666*: Serial murder and narrative necrosis". In: *Critique: Studies in Contemporary Fiction*. v. 59, n. 3, 307-318. Disponível em: <https://dr.ntu.edu.sg/handle/10356/102691>. Acesso em: 10 jan 2023.

SEGATO, Rita. "Territory, Sovereignty, and Crimes of the Second State. The Writing on the Body of Mexican Women". In: FREGOSO, Rosa-Linda; BEJARANO, Cynthia (Eds). *Terrorizing Women. Femicide in the Americas*. Durnham and London: Duke University Press, 2010. p. 70-92. DOI: <https://doi.org/10.1515/9780822392644-007>.

SEGATO, Rita. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo, 2018.

VALENCIA, Sayak. *Capitalismo gore: control económico, violencia y narcopoder*. Barcelona: Melusina, 2010.